

III.

MEMORIAS DE UN CONSERJE. — RÁPIDA OJEADA Á LA CAJA
TERRITORIAL.

..... **A** CABABA de poner punto final á mi modesta colación de la mañana, y de encerrar, insiguiendo mi costumbre, las sobras de mis provisiones en la caja de caudales de la sala de juntas, una magnífica caja de secreto que viene sirviéndome de despensa hace cuatro años, desde que estoy en la *Territorial*; de pronto veo entrar al gobernador en la oficina, encendido el rostro, los ojos achispados cual si acabase de salir de una francachela, suelta un estrepitoso resoplido, y en términos groseros, con su dejo italiano, me dice:

—Pero *Moussiou Passajon*, esto es una peste inaguantable.

En honor de la verdad, la peste no era tanta como él pretendía. Sólo que ¿á qué negarlo? me había hecho traer algunas cebollicas para aderezar un pedazo de ternera con que me había obsequiado la señorita Serafina, la cocinera del

cuarto segundo, cuyas cuentas diarias soy yo el encargado de llevar. He tratado de explicar al gobernador lo sucedido, pero se me ha puesto hecho una furia, dando por toda razón la de que era una falta de sentido común envenenar de tal suerte aquellas oficinas, y que no era cosa de gastar doce mil francos al año por alquiler, ni de tener un frontis con ocho ventanas que dan nada menos que al bulevar Malesherbes, para hacerlo servir de cocina donde socarrar cebollas. Ni sé, ya montado en cólera, cuántas cosas me ha llegado á decir. Como es natural, aquellos pujos insolentes han llegado á cargarme, porque ¡qué diantre! lo menos que se puede exigir de quien no paga es que sea algo educado para con los que no cobran. Así, le he contestado que realmente tenía sus puntos de razón, pero que si la *Caja territorial* saldase sus cuentas conmigo, á saber, cuatro años atrasados de paga, item más, siete mil francos que de mi peculio había anticipado al gobernador para gastos de carruaje, periódicos, cigarrros y *groggs* americanos en los días de sesión, que entonces podría darme el lujo de ir al mesón vecino á comer, y no me vería en el duro trance de haber de arreglarme yo mismo en la sala de juntas una miserable gazofia que tenía que agradecer á la pública conmiseración de las cocineras. ¡Chúpate esa!

Al hablar así, no hice más que ceder á un impulso de indignación harto explicable á los ojos de quien conozca mi situación en esta casa. Y cuenta que no había dicho cosa alguna malsonante, antes me había mantenido dentro de los límites de un lenguaje conforme con mis años y con mi educación. (Creo haber consignado ya en alguna parte de estas memorias, que de los sesenta y cinco años cumplidos que llevo á cuestras he pasado más de treinta de bedel en la Facultad de letras de Dijon. De ahí mi afición á los informes, á las memorias, y esas nociones de estilo académico cuyas huellas se descubrirán á cada paso en la presente elucubración.) Digo, pues, que estuve sobradamente comedido para con el gobernador en mis contestaciones, guardándome de emplear ninguna de esas palabras injuriosas que le hacen tragar á cada dos por tres cuantos vienen por ahí, desde nuestros dos censores, M. de Monpavón, que cada vez que le ve le llama riendo « Flor-de-Mazas », y M. de Bois-l'Héry, del casino de las Trompetas, más grosero que un mozo de cordel,

que suele despedirse con este requiebro: «á tu catre, mala pulga», hasta nuestro cajero á quien he oído repetir muchas veces dando con la mano en el gran libro: «que hay allí tela cortada para hacerle llevar grillete siempre que á él le dé la gana.» Pues bien, ni por esas; mi sencilla observación ha causado en él un efecto extraordinario. El cerco de sus ojos se ha puesto enteramente cárdeno, y temblando de cólera, una de esas cóleras de padre y muy señor mío que en su tierra se estilan, me ha disparado las siguientes palabras: «Passajon, sois un indecent... Una palabra más y pasáis la puerta más que de prisa.» Me he quedado como si viese visiones. «Echarme á mí! ¡á mí!... y mis cuatro anualidades atrasadas y mis siete mil francos de anticipo... Y como si leyese en mi pensamiento, el gobernador ha replicado que iba á liquidar todas las cuentas pendientes, la mía inclusive. «Por lo demás, ha añadido, haced entrar á esos señores en mi despacho. Tengo una gran noticia que comunicarles.» Y dicho esto, se ha metido de rondón en su despacho dándome con la puerta en las narices.

¡Diablo de hombre! No basta conocerle á fondo, saber hasta qué punto es trapalón y comediante: ni por esas; siempre se las compone con sus historias de modo que le engatusa á uno quieras que no... ¡Mi cuenta!... ¡mi saldo!... Sentíame tan conmovido al pensar en ello que las piernas se me escapaban mientras iba á avisar al personal.

Á tenor del reglamento, con el gobernador y el barbilindo de Moessard, director de la *Verdad financiera*, somos doce empleados en la oficina; pero en la práctica ni llegamos á la mitad. En primer lugar, desde que no se publica la *Verdad*—y de esto cumplen ya dos años—M. de Moessard no ha vuelto á asomar por aquí. Parece que ahora está en candelero, que ha encontrado un filón, que se entiende con una reina, una reina de veras, la cual le da todo el dinero que necesita... ¡Oh! este París es una Babilonia!... Los demás se dejan caer alguna que otra vez para enterarse de si por casualidad ha llovido algún dinerillo en la caja: pero como la caja siempre está in albis transcurren semanas enteras sin acercarse. Cuatro ó cinco fieles, pobres viejos como yo, son los únicos que se empeñan en comparecer cada mañana á la misma hora con regularidad matemática, por hábito, por no saber qué hacer

ni en qué emplearse: sólo que cada uno se entretiene en trabajos de todo punto ajenos á los de la oficina. ¡Qué remedio! hay que buscarse la vida. Y luégo, que no es cuestión de matar el día arrastrándose de sillón en sillón, de ventana en ventana para mirar á los que pasan (ocho ventanas de frontis al bulevar). Así que cada cual procura componérselas como puede. Yo, lo tengo dicho ya, llevo la contabilidad de la señorita Serafina y de otra cocinera de la casa. Además, escribo mis memorias, en lo cual no dejo de pasar un rato no pequeño. Nuestro mozo de cobranzas—éste sí que tiene poco que hacer entre nosotros—teje redes para una tienda de trebejos de pescar. De los dos escribientes, el uno, que tiene una letra á pedir de boca, copia por cuenta de una agencia de teatros: el otro inventa juguetes de á sueldo que se venden en los puestos ambulantes de las esquinas la noche del Año nuevo, y con ello se ahorra el morir de hambre lo restante del año. En cuanto al cajero, éste sí que no trabaja por fuera de la casa. Para él es cuestión de honrilla. Es el tal un sujeto sumamente orgulloso, que no se queja nunca, y cuyo único temor es el de que parezca que no tiene ropa blanca que mudarse. De ahí que viene, se encierra bajo llave en su despacho, y se pasa mañana y tarde haciendo pecheras, cuellos y puños de papel. Ha llegado á poseer una rara habilidad en este oficio, y la parte visible de sus camisas, siempre reluciente, llega á causar ilusión, sólo que al más pequeño movimiento, cuando anda, cuando se sienta, se oye cada crujido que no parece sino que lleve metida en el estómago una caja de cartón. Por su mal, de aquel papel no se come; y así está hecho un esqueleto, con una cara que á uno le pone en apuros para saber de qué se mantiene. Acá para inter nos, sospecho que se permite alguna vez entrar en relaciones con mi despensa. La cosa es llana para él, porque, en su calidad de cajero, conoce la palabra que abre el arca, y mucho me temo que en cuanto yo vuelvo la espalda forrajea en mis provisiones.

Se me objetará que es algo extraordinario y un tanto inverosímil un interior de una casa de banca de este jaez. Y con todo, no cuento sino la pura verdad; París está lleno de instituciones financieras del calibre de la nuestra. ¡Ah! si algún día llego á publicar mis memorias... Pero reanudemos el hilo roto de mi narración.

Luégo que nos tuvo reunidos á todos en su despacho, el gobernador, con toda solemnidad, nos dirigió la arenga del tenor siguiente :

—Señores y queridos compañeros, ha terminado ya la era de las pruebas... La *Caja territorial* entra desde hoy en una nueva fase.

Y á renglón seguido, ha comenzado á hablar de cierta soberbia *combinazione* — es su palabra favorita y la dice de un modo tan insinuante! — una *combinazione* en la cual entra ese famoso Nabáb tan cacareado por los periódicos. La *Caja territorial* iba, pues, á encontrarse en condiciones de ponerse en regla con los servidores fieles, recompensar los sacrificios, deshacerse de las inutilidades. Esto calculo que iba para mí. Y como final: «Prepara vuestras cuentas... Desde mañana todo se pága.»

Por desgracia, nos tiene engatusados tantas veces con sus dedadas de miel, que su oración no ha producido el más mínimo efecto. En otros tiempos, esas promesas eran para nosotros como una escritura. Al anuncio de una nueva *combinazione*, todo se volvía brincar de gozo por las oficinas y abrazarse mutuamente como los náufragos al divisar una vela. Cada uno preparaba su nota para el día siguiente, conforme él nos lo había indicado. Pero al día siguiente, el gobernador no comparecía. Al otro, menos. Había salido para un corto viaje. Por fin, cuando estábamos todos exasperados, renegando rabiosos por causa de aquella agua que nos había hecho venir á la boca, el gobernador llegaba, dejábase caer en un sillón, hundía la cabeza en sus manos, y antes de que nadie hubiese podido abrir boca :

«Matadme, decía, matadme. Soy un miserable impostor... La *combinazione* se ha frustrado... Se ha frustrado, *péchéro!* la *combinazione*.»

Y gritaba, gimoteaba, se ponía de hinojos, se mesaba los cabellos á puñadas, se revolcaba por la alfombra, apuraba con cada uno de nosotros todo su repertorio de diminutivos cariñosos, nos suplicaba que acabásemos con sus días, hablaba de su mujer y de sus hijos á los cuales había sumido en la miseria. Á la vista de una desesperación semejante, ninguno de nosotros osaba hacer la más pequeña reclamación. ¿Qué digo? Acabábamos por enternecernos todos con él. No,

desde que hay teatros, no ha habido nunca actor de tanta fuerza. Pero en la actualidad, las cosas van de otra suerte; hemos acabado todos por perder la confianza. Una vez fuera, todos nos hemos encogido de hombros. He de confesar, sin embargo, que estuve un momento á pique de ceder. El aplomo con que me pidió la cuenta, luégo, el nombre del Nabab, ese hombre tan rico...

—¿Y lo habéis creído? me ha dicho el cajero... Siempre seréis un badulaque, pobre Passajon... ¡Perded cuidado! Sucederá con el Nabab lo que con la reina de Moessard.

Y se ha ido otra vez á su tarea de hacer pecheras de camisa. Sus últimas palabras aludían á la época en que Moessard hacía el amor á su Majestad, y había prometido el gobernador que, en el caso de salir con bien, se interesaría con la Reina para que aportase fondos á nuestra empresa. En la oficina, todos sabíamos punto por punto la marcha de este nuevo negocio, y no hay que decir el interés que nos tomaríamos por su pronto éxito, como que al fin del mismo estaba nuestro dinero. Durante dos meses seguidos esa historia nos tuvo á todos en babia. Todo eran zozobras, y espiar la cara de Moessard, y encontrar que la señora gastaba demasiados cumplidos; y nuestro viejo cajero, cada vez que le interrogábamos, con su aire altanero y formal nos contestaba gravemente al través de la rejilla: «No hay nada de nuevo,» ó bien: «el negocio va por buen camino.» Entonces nos quedábamos todos á cual más satisfechos, y los unos á los otros nos decíamos: «eso marcha... eso marcha,» como si se tratase de la más normal de las empresas. No, lo dicho, sólo hay un París donde quepa ver cosas semejantes... Positivamente, uno llega á veces á no saber lo que se pesca... En definitiva, una mañana, á lo mejor, Moessard dejó de venir á la oficina. Había logrado la suya, según se decía; pero la *Caja territorial* no le había parecido el mejor acomodo para los capitales de su amiga. Vamos á ver, ¿es así como se porta una persona honrada?

Ello es cierto que no hay cosa que se pierda con tanta facilidad como la honradez. Cuando pienso que yo, Passajon, con todas mis canas, mi aspecto venerable, mi pasado sin mácula—treinta años de servicios académicos,—que yo me he habituado á vivir, como pez en el agua, en medio de esas

infamias, de ese semillero de asquerosidades! Porque, vamos á cuentas; ¿qué hago yo aquí? ¿por qué no me marchó? ¿cómo he venido?

¿Cómo he venido? Oh, Dios mío, muy sencillamente. Hace cuatro años, muerta ya mi mujer, casados mis hijos, acababa de tomar mi retiro de bedel de la Facultad, cuando por casualidad se me vino á los ojos un anuncio de periódico: «Se necesita un conserje de regular edad para la *Caja territorial*, 56, Boulevard Malesherbes. Buenos informes.» La verdad sea dicha ante todo. La Babilonia moderna me había siempre hecho tilín. Además, sentíame todavía con ciertas agallas, y veía delante de mí una buena decena de años durante los cuales podría ganar algún dinero, mucho tal vez, colocando mis ahorros en la casa de banca en que iba á entrar. Escribí, pues, incluyendo mi retrato, el de casa Crespón, de la plaza del Mercado, en que estoy representado con la barba como una patena, la mirada vivaracha cernida por mis blancas cejas, con una soguilla de acero en el cuello y mi cinta de oficial de Academia, «el aire de un padre conscripto en su silla curul» como decía nuestro decano, M. Chalmette. (Sostenía también que me parecía mucho al difunto Luis XVIII; pero el parecido no era tan pronunciado.)

Presenté además las mejores recomendaciones posibles, las frases más halagüeñas de los buenos señores de la Facultad. Á correo vuelto, me contestó el gobernador que mi físico le convenía—¡ya lo creo! no hay reclamo para el accionista como una antecámara guardada por una cara tan imponente como la mía—y que podía presentarme cuando quisiese. Me diréis que yo también, por mi parte, hubiera debido de tomar mis informes. Sí, ¡todo lo que queráis! pero eran tantos los que tenía que dar de mí, que ni se me ocurrió pedir los de ellos. Además, ¿quién va á desconfiar en presencia de esta instalación admirable, de estos techos elevados, de estas cajas grandes como armarios, y de estos espejos en que uno se ve desde la cabeza hasta las rodillas? Luégo, esos prospectos rimbombantes, esos millones que veía flotar en el aire, esas empresas colosales de beneficios fabulosos. Me sentí fascinado, deslumbrado... No se olvide además que por aquellos tiempos la casa presentaba un aspecto mucho mejor que el de ahora. Verdad es que los negocios iban ya mal,—siempre han

ido mal nuestros negocios,—el periódico no aparecía sino muy de tarde en tarde. Pero una pequeña *combinazione* del gobernador le permitía cubrir las apariencias.

Figuraos que había tenido la idea de abrir una suscripción patriótica para erigir una estatua al general Paolo-Paoli, un grande hombre de su tierra. Los corsos no pecan de ricos, pero son vanidosos como pavos. De ahí que el dinero afluyese á la *Territorial*. Por desgracia, no duró mucho. Al cabo de dos meses, ya antes de hacerla, nos habíamos comido la estatua, y volvimos á las andadas de protestos y citaciones. Ahora ya me he ido acostumbrando. Pero recién llegado de mi provincia, las cédulas de citación judicial, los alguaciles en la puerta me causaban una impresión nada satisfactoria. Los de la casa ni siquiera paraban mientes en ello: se sabía siempre que á última hora no faltaría un Monpavon, un Bois-l'Héry para apaciguar á los de la justicia; porque todos estos señores, metidos muy adentro del asunto, tienen un interés especial en evitar la quiebra. Esto es lo que le vale al ladino de nuestro gobernador. Los demás corren tras de su dinero,—es sabido lo que esto significa en el juego,—y no les haría mucha gracia que las acciones que tienen en su poder no sirviesen más que para ser vendidas á peso de papel.

Desde el primero al último, todos los de la casa estamos por un igual. Desde el propietario que acredita dos años de alquiler y que por miedo á perderlo todo no nos cobra nada, hasta nosotros, pobres empleados, hasta mí que veo en jaque mis siete mil francos de ahorros y mis cuatro anualidades atrasadas, todos á una corremos tras de nuestro dinero. De ahí mi obstinación en no dejar la casa. Sin duda alguna, á pesar de mi avanzada edad, gracias á mi buena presencia, á mi educación y al cuidado especial que he puesto siempre en el atavío de mi persona, hubiera podido procurarme otra colocación. Tengo un amigo, sujeto muy respetable, M. Joyeuse, tenedor de libros de la casa Hemerlingue é hijo, los grandes banqueros de la calle de San Honorato, que cada vez que me encuentra no se olvida de decirme:

—Passajon, amigo mío, no estés más en aquella cueva de bandidos. Haces mal en obstinarte, no sacarás ni un ochavo. Vente á casa Hemerlingue. Yo me encargo de buscarte por allí algún rinconcito. Ganarás menos, pero cobrarás mucho más.

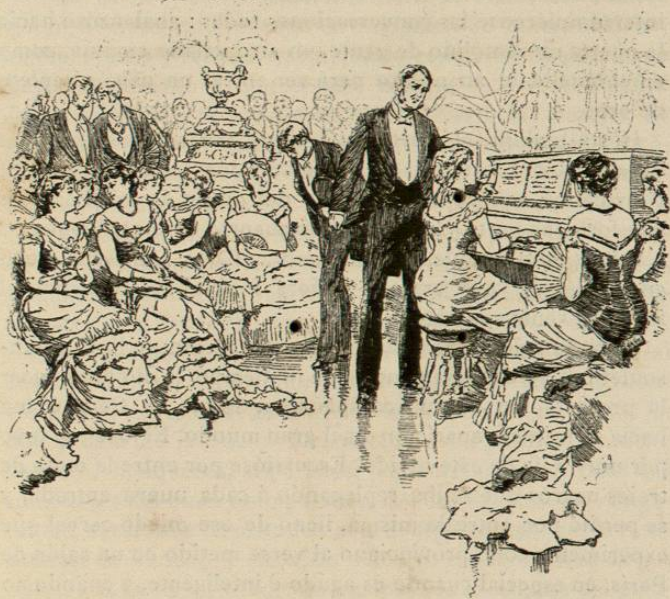
Comprendo, pobre amigo, que tiene razón que le sobra. Pero no hay tutía, no sé decidirme. Y eso que no tiene pizca de agradable la vida que llevo aquí, en estos grandes salones fríos que no ven jamás á nadie y donde cada uno se va á su rincón sin decir oste ni moste... ¿Cómo no? todos nos conocemos de sobras, todo está ya dicho... Á lo menos, hasta el año pasado, teníamos reuniones del consejo de vigilancia, asambleas de accionistas, sesiones agitadas y tumultuosas, verdaderas batallas de salvajes cuyos gritos se oían desde la Magdalena. Ni faltaban tampoco cada semana muchos suscritores indignados de no recibir noticia alguna de su dinero. Allí, allí, era donde había que ver á nuestro gobernador. He visto á muchos entrar en su despacho, furiosos más que lobo hambriento, y salir, al cuarto de hora, más mansos que un cordero, satisfechos, tranquilos del todo, y con algunos billetes de banco de menos en los bolsillos. Porque el asunto era éste: sonsacar dinero á los infelices que venían á reclamarlo. En la actualidad, los accionistas de la *Caja territorial* ya no chistan. Tengo para mí ó que han muerto todos, ó que se han resignado. El Consejo tampoco se reúne. No celebramos sesiones más que en el papel: yo soy el encargado de extender lo que llamamos acta—siempre la misma—que reproduzco cada tres meses. No veríamos alma viviente si de tarde en tarde no se descolgase del fondo de la Córcega algún suscriptor á la estatua de Paoli, deseoso de saber si el monumento adelanta; ó algún que otro lector de buena fe de la *Verdad financiera*, desaparecida más de dos años há, que viene tímidamente á renovar su suscripción, y pregunta si se podría regularizar, por poco que fuese, el envío. Hay confianzas á prueba de bomba. En estas ocasiones, cuando cae en medio de nuestra banda devorada por el hambre uno de esos pobres diablos, el espectáculo es terrible. Se le rodea, se le amarra, se hacen todos los esfuerzos imaginables para intercalarle en una de nuestras listas, y caso de resistencia, si no quiere suscribirse ni al monumento de Paoli ni á las vías férreas de Córcega, entonces esos señores le juegan lo que ellos llaman,—mi pluma se avergüenza de escribirlo,—lo que ellos llaman, repito: «la jugada del carretero.»

He aquí en qué consiste: tenemos siempre en la oficina un bulto dispuesto de antemano, una caja bien atada con bra-

mantas que se supone que llega de la estación mientras el infeliz visitante está allí. «Son veinte francos de portes», dice el de nosotros que trae la caja. (Veinte francos, á veces treinta, según la cara que hace el paciente.) Al punto todos empezamos á registrarnos los bolsillos: «¡Veinte francos de portes! lo que es yo no los tengo.—Ni yo tampoco.» ¡Qué desgracia! Se va á la caja. Cerrada. Se busca al cajero. Ha salido. Y la fuerte voz del carretero que se impacienta en el recibidor; «Vamos, vamos, aprisa.» (Generalmente, y gracias á mi órgano vocal, soy yo el que hago de carretero.) ¿Qué hacer pues? devolver el fardo es dar un disgusto al gobernador. «Señores, si me lo permiten... y dispensen», insinúa en ta aprieto la inocente víctima abriendo su portamonedas. «¡Ah! caballero, pues no faltaba más...» Entonces suelta sus veinte francos, se le acompaña hasta la puerta y, no bien ha vuelto las espaldas, nos repartimos á prorata el fruto de la fechoría riéndonos como bandidos.

¡Vamos! señor Passajon... que á vuestra edad un oficio como éste... ¡Ah, Dios mío! harto lo sé. Harto sé que me valdría mucho más irme de este pícaro sitio. Pero sería preciso para ello que renunciase á cuanto tengo aquí. No, esto no puede ser. Es indispensable, por el contrario, que me quede, que vigile, que me esté aquí de plantón á la mira de cualquier ganga que aprovechar, si es posible todavía que tengamos alguna... ¡Oh! os lo juro, lo juro por mi condecoración, por mis treinta años de servicios académicos, si algún día un negocio como el del Nabab me permite recuperar mis desembolsos, no he de permanecer aquí ni un minuto tan solamente; me iré más que de prisa á cultivar mi pequeña viña allá abajo, en Montbars, curado radicalmente de mis ideas de especulación. Pero ¡ay! que esta esperanza es la mayor de las quimeras. Conocidos, gastados, inutilizados como estamos en el mercado de París, con nuestras acciones que no se cotizan ya en la Bolsa, con nuestras obligaciones que van volviéndose de papel de estraza, tanto embuste, tanta deuda, y el agujero que va ahondándose cada día más... (Á la hora presente debemos tres millones quinientos mil francos. No son precisamente los tres millones los que nos apuran. Por el contrario, son los que nos sostienen: pero tenemos en la portería una cuentecita de ciento veinte y cinco francos por se-

llos de correo, mensualidad del gas y otras menudencias. Esto es lo terrible.) Y luego se nos quiere hacer creer que hay un fulano, un hombre de negocio, como ese Nabab, bastante loco, aunque hubiese llegado del Congo ó acabado de caer de la luna, para enterrar su dinero en una sima como ésta... Vamos, vamos... Que no cabe en lo posible... Señor gobernador, esta no cuela.



IV.

UN ESTRENO EN EL GRAN MUNDO.

MR. Bernardo Jansoulet!...» Este nombre plebeyo, acentuado enfáticamente por el lacayo, lanzado con retumbante voz, resonó en los salones de Jenkins como un golpe de bombo, uno de esos gongs que en los teatritos de magia anuncian las apariciones fantásticas. Las arañas palidieron, apuntó en los ojos toda una especie de erupción de llama ante la perspectiva deslumbradora de los tesoros de Oriente, de los raudales de zequés y perlas que chorreaban de las mágicas sílabas de aquel nombre ayer desconocido.